

IN MEMORIAM GRACIELA PALAU DE NEMES

EMILIA CORTÉS IBÁÑEZ

Instituto de Estudios Albacetenses
Albacete, JCCM, España
eci100@telefonica.net

Cómo citar este artículo: Cortés Ibáñez, E. (2020). In Memoriam Graciela Palau de Nemes, *Al-Basit* (65), 265-268. http://doi.org/10.37927/al-basit.65_9

Recibido/Received: 01-11-2020

Aceptado/Accepted: 10-11-2020

Conocí a la profesora Graciela Palau de Nemes (Camagüey, Cuba, 1919) en Nueva York, en julio de 2001, coincidimos en un Congreso Internacional de Hispanistas. Fue un encuentro inesperado que, sin yo saberlo, iba a marcar mi campo de investigación y haría que abandonase mis estudios sobre nuestra provincia, para centrarme en una figura de tono más internacional: Zenobia Camprubí.

Graciela, ha sido la primera estudiosa de la vida de Juan Ramón Jiménez, es su biógrafa. Ha estudiado su obra en profundidad y le debemos numerosas publicaciones sobre él. También se ha detenido en su esposa Zenobia, preparó la edición de los tres volúmenes del *Diario de la mujer del poeta* y, gracias a ellos, yo conocí a Zenobia.

Tres días más tarde de nuestro encuentro en Nueva York, nos veíamos de nuevo en su casa, en Maryland. Pasamos el día juntas con el monotema Zenobia-Juan Ramón. Me llevó a la universidad para que viese el edificio en el que el matrimonio dio sus clases; paseamos por los lugares por donde ellos lo hicieron; llegamos a Riverdale-tan cerca de su vivienda y de la universidad- para ver la casa en la que vivieron, la praderita y los tan evocados olmos, además del vecino Leland Hospital cuya proximidad había llevado a Juan Ramón a comprar esa casa. Ya en su vivienda, Graciela me indicó la habitación donde los Jiménez habían



comido en alguna ocasión y me mostró los cuadros sobre los que el poeta le había hecho comentarios. Revivió su pasado.

Graciela los había conocido muchos años atrás, me lo contó, un tiempo después -2008-, en una carta. Su encuentro con los Jiménez fue en octubre de 1936, en Ponce, Puerto Rico. El matrimonio iniciaba su exilio y visitaron la «High School» en la que ella estudiaba, y en la que se graduaría para ir a la universidad. Graciela tenía entonces 17 años; Zenobia, 49; Juan Ramón, 55.

En su carta me decía:

J.R. visitó mi clase, acabábamos de leer *Platero*. Por suerte o por desgracia, se paró al mismo frente mío, contra el escritorio que daba a mi pupitre, ya que me sentaban en la primera fila. Entre mis rodillas y las de él había poco espacio. Yo, que tenía miles de preguntas, no me atreví a abrir la boca. Esa noche, en la misma escuela, aparecieron en el escenario de la Ponce High School, rodeados de escritores locales y autoridades. J.R. habló. A Zenobia la presentaron, dio un pasito adelante, sonrió y la aplaudieron mucho.

Quiero que sepas que yo me sabía innumerables poesías de J.R., muy leído en los primeros cursos de una estupenda escuela elemental en la que estudié los grados primero a sexto, en Camagüey, Cuba. [...] Yo recitaba muy bien y me escogían para hacerlo al frente de la escuela entera, los viernes, cuando teníamos «convocación» para saludar la bandera, en nuestro uniforme de gala. Yo recitaba a J.R. al lado de la bandera.

Después, en Puerto Rico tuve un «novio» que me mandaba recaditos con poemas amorosos de J.R.

Graciela hizo sus estudios universitarios en Vermont y, terminada la II Guerra Mundial, ya casada, se instaló en la Universidad de Maryland, donde daba clases, y continuó con sus estudios de doctorado. Y aquí, en Maryland, se produjo el segundo encuentro con los Jiménez. Ella lo explica en su carta:

En el año académico, creo de 1947 (46 al 47), acabando de tomar el puesto, con oficina en el segundo piso del edificio Humanidades, una señora que caminaba gracioso y sonreía me preguntó quién era yo. Le dije. Al hablarle de Cuba y Puerto Rico, me dijo: «Yo soy la Sra. Jiménez. Mi marido es el poeta J.R.J.». ¡Fue decirme ella eso y empezar yo a recitarle todas sus poesías sin parar! Me dijo: «¡Si esta criatura conoce toda la poesía de mi marido!»

[...]

Empecé a hacerle preguntas a J.R. del Siglo de Oro, de la historia de España y de América, etc., y de allí surgió que Juan Ramón y Zenobia me invitaran a su casa para que él me ayudara con mis asignaturas. Y se volvió mi mentor. [...] Y, a la hora de escoger tópico para el doctorado, le dije que quería escribir sobre él.

Zenobia [...] salía mucho a almuerzos y tés (sin J.R., claro). Me invitó a ir a su casa todas las tardes que no teníamos que enseñar, así J.R. *no se quedaba solo*. Entonces, claro, ¿pedirle al muerto si quiere mesa? Yo iba a cada rato.

[...] Cuando de veras conocí a *la verdadera Zenobia* fue en Puerto Rico. Lo leerás en las cartas. ¡Cómo me ayudaba leyéndole a J.R. todas las noches lo que yo escribía, diciéndome o poniendo a mi disposición sus papeles en la Sala, que aún no eran públicos. Ya J.R. no era el mismo, siempre enfermo, pero ella aprovechaba para que yo lo interesara a él en sus cosas y él, a veces, correspondía y me ayudaba.

Emilia, creo que ella es la persona a quien más he admirado en mi vida. Era recta, simpática, leal, agradecida, graciosa, ocurrente. Me queda la satisfacción de haber intervenido para que obtuviera lo que más deseaba para su marido, pero nunca puedo evitar, al recordarla, que se me salgan las lágrimas.

[...] Zenobia y J.R. cambiaron el ritmo de mi vida y quería que supieras por qué caminos los conocí tan de cerca.

Nos deja muy claro el proceso y la relación con los Jiménez.

Todo esto que me transmitió, por escrito y de manera ordenada, antes, cuando la visité en su casa de Maryland, ya me lo brindó de manera espontánea, con sentimiento y reviviendo cada momento. Volví en varias ocasiones y pasábamos el día sin parar de hablar del mismo tema que nos unía, y ella acostumbraba a decir: «Estos días equivalen a un curso de doctorado».

A mí, que ya estaba atrapada por la personalidad de Zenobia, este encuentro con Graciela y las interminables conversaciones con ella me llevaron más hacia la estela, hacia el rastro de Zenobia... Y cinco años después estábamos presentando la coedición del *Epistolario 1* de Zenobia, acontecimiento que la trajo a Madrid, a Huelva y también a Almansa. Comentamos, hablamos, surgió la figura de Guillermina Medrano de Supervía; se habían conocido en Washington y sus vivencias la llevaron a escribir “Guillermina Medrano de Supervía en Washington”, que apareció en *Al-Basit*, 2009. Le dije que sería un honor tenerla en el comité científico de nuestra revista, y aceptó encantada.

Graciela volvió a España en 2010, a La Rábida, para participar en

un curso de verano sobre Zenobia Camprubí. Después, poco a poco, se fue apagando. Falleció en su casa de Maryland, el 28 de septiembre de 2019, pasados los 100 años.

Graciela, esa profesora joven, compañera de Zenobia, alumna de Juan Ramón, que colaboró codo con codo al lado de Zenobia para conseguir el Nobel del poeta y que fue de gran ayuda para el matrimonio Jiménez en los últimos años de vida de estos.

Cuando nos vamos, queda la estela de lo que hemos hecho, de lo que hemos impulsado, y la estela de Graciela es ancha.

